

## La fiebre de la infancia. Comienzos de una imaginación patológica en *El orden alfabético*, de Juan José Millás

**Sofía Dolzani**

Universidad Nacional del Litoral - CONICET, Argentina

[sofi.dolzani@hotmail.com](mailto:sofi.dolzani@hotmail.com)

ORCID: 0009-0004-0469-4588

Recibido 14/08/2023 Aceptado 18/9/2023

### Resumen

Este artículo analiza la novela *El orden alfabético* (1998) del escritor español Juan José Millás para leer allí una de las inflexiones con las que la discursivización de la enfermedad se manifiesta en la narrativa de este autor. La hipótesis que articula este trabajo sostiene que la narración de la enfermedad conduce a leer la construcción de un mito inaugural: aquel que articula bajo la *figura del niño enfermo* fiebre, infancia y lectura como elementos que sintetizan el inicio de una *imaginación patológica* que hace de los síntomas febriles una zona fecunda para la producción de ficción y permite la fabulación de un origen lector. Dicho origen relata, por un lado, un acercamiento a la lectura condicionado por la enfermedad, y, por otro lado, desde una mirada ampliada y proyectada hacia la obra, vuelve visible el modo en que lo patológico constituye un elemento metapoético que dice la imaginación literaria de Millás y la materialidad con que construye su universo narrativo. De esta manera, el artículo traza un recorrido por las relaciones entre enfermedad y literatura, e infancia y lectura febril, para elucidar las apropiaciones con que en esta novela Millás hace de un tópico común una zona de productividad ficcional.

**Palabras clave:** *imaginación; enfermedad; lectura; infancia; Millás*

### Childhood fever. Beginnings of a pathological imagination in *El orden alfabético* of Juan José Millás

### Abstract

This article analyzes the novel *El orden alfabético* (1998) by the Spanish writer Juan José Millás and read there one of the inflections with which the discursivization of the disease is manifested. The hypothesis in this work holds that the narration of the disease leads us to read the construction of an inaugural myth: this myth articulates *fever, childhood* and *reading* under the figure of the sick child as elements that synthesize the beginning of a pathological imagination. This type of imagination makes feverish symptoms a fertile area for the production



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

*Recial* Vol. XV. N° 24 (Julio - Diciembre 2023) ISSN 2718-658X. Sofía Dolzani, La fiebre de la infancia. Comienzos de una imaginación patológica en *El orden alfabético*, de Juan José Millás, pp. 322-333.

of fiction and tells us a reader origin. On the one hand, this origin myth relates an approach to reading conditioned by the disease, and, on the other hand, makes visible a metapoetic element of Millás' novels that shows the materiality with which he constructs his narrative universe. In this way, the article traces a journey through the relationships between illness and literature, and childhood and feverish reading, to elucidate the appropriations with which in this novel Millás turns a common topic into an area of fictional productivity.

**Keywords:** *imagination; disease; reading; childhood; Millás*

## **I: Comienzos**

La fiebre en la literatura de Millás constituye la marca de un comienzo. Un punto de inflexión, un detonante de movimientos narrativos. La fiebre es un tópico, sí; uno de los modos con que la enfermedad ingresa en la literatura millaseana. Pero es también —como dice el propio Millás— “un rasgo estilístico” (2019, p. 45). Un aspecto estructurante que determina una forma de hacer literatura, delimitando una posición ante la escritura y una relación con el lenguaje. Porque en más de una ocasión no es únicamente el sujeto, sino que son las novelas, en tanto libros concebidos como cuerpos, las que tienen fiebre. La fiebre es, en este sentido, una recurrencia sobre la que los textos de Millás insisten a lo largo del tiempo y por eso mismo una zona productiva de interrogación. ¿Qué permite decir la fiebre en las ficciones millaseanas que se hace de ella el elemento de una obsesión? O más precisamente ¿qué no alcanza a decir la fiebre que requiere ser nombrada una y otra vez dando lugar a un movimiento paradójico que pretende poner en palabras aquello que resulta evasivo?

Si la discursivización de la enfermedad en las novelas de Millás se instala como un territorio productivo en tanto permite concebir y hacer literatura de un modo que singulariza la lengua de este autor es porque la misma opera de manera metonímica. Es decir, se erige como significante que aspira a poner en palabras lo que no alcanza a nombrarse del todo. Esto es, los sentidos de la ficción, de la escritura, de la literatura. De allí que el carácter recursivo de la discursivización de la enfermedad conforme uno de los rasgos metapoéticos sobre los que la literatura de Millás insiste en sus diferentes inflexiones. Como si decir la enfermedad pudiera acercar algo de la relación con ese territorio huidizo de la ficción que resiste desde su imposibilidad a adoptar una definición cerrada. Como si al ingresar la escritura de la enfermedad, de la fiebre, se pudiera arrimar algo de la afectación de la literatura sobre los cuerpos. En otras palabras, el carácter metonímico de la enfermedad en Millás aspira a tratar de decir eso que la ficción *hace*. Por lo mismo, da a leer una zona de obstinación en la que la fiebre aparece como un elemento fundamental. Y es sobre el porqué de esta insistencia lo que nos interesa indagar en este trabajo.

El valor de la fiebre reside, según hemos adelantado, en trazar las marcas de un comienzo. Los comienzos, según los define Julio Premat en su libro *Érase esta vez*, pueden entenderse —desde distintas variables de análisis— como aquello que contribuye a construir el mito de inicio de un sujeto en la escritura. La fábula de origen que avecina el devenir de un escritor. En una de sus acepciones, el comienzo puede ser también “el primer libro publicado, el primer cuento, el primer poema, el texto que singulariza una palabra literaria identificable” (Premat, 2016, p. 148). En tal caso, cabría analizar los comienzos de la fiebre en un texto como *Cerberos son las sombras*, la primera novela de Millás, donde la misma aparece inicialmente en el padre, cuyo cuerpo funciona como papel sobre el que se trazarán los primeros movimientos escriturarios. En dicha novela, los síntomas febriles resultan el elemento desencadenante de una escritura infectada e infecciosa que trabaja sobre un territorio corporal que no deja de supurar. En otra de sus variantes, los comienzos pueden vincularse con la problemática del origen, cuya construcción narrativa suele orbitar en torno a la infancia en tanto tiempo que funda una relación singular con la palabra, “un período de la vida que se percibe como un laboratorio de creatividad discursiva o imaginaria” (Premat, 2016, p. 73). Nos interesa particularmente esta última acepción. ¿De qué

manera se produce, siguiendo esta línea de razonamiento, una articulación entre fiebre e infancia como zona constitutiva de un comienzo literario? ¿Qué tipo de inicio, qué rituales de iniciación, son posibles de leer a partir de esta vinculación en los textos de Juan José Millás? Junto a nociones como infancia y enfermedad, o mejor dicho, junto a fiebre e infancia, es necesario situar un tercer elemento que remite al universo libresco: nos referimos en esta ocasión a la lectura.

Fiebre, infancia y lectura, tres dimensiones problemáticas que se encuentran ya presentes en *Cerbera* pero que en *El orden alfabético* —la novela publicada por Millás en 1998— adquieren una potencia singular. Puesto que si la fiebre puede ser entendida en términos de comienzo no se debe únicamente a que abre en la primera novela de Millás una concepción de escritura que seguirá apareciendo; sino, sobre todo, a que contribuye a un *modus operandi*: con la llegada de la fiebre se despliega un tipo de imaginación literaria que resulta clave en el funcionamiento de la máquina ficcional millaseana y que la novela *El orden alfabético* tematiza para narrar un nuevo inicio lector. Es decir, la fabulación de un origen que relata, por un lado, un acercamiento a la lectura, pero que, por otro lado, desde una mirada ampliada y proyectada hacia la obra, vuelve visible el modo en que la discursivización de la enfermedad configura el universo literario de este escritor. En otras palabras, en *El orden alfabético* la narración de la enfermedad conduce a leer la construcción de un mito inaugural: aquel que articula bajo la figura del niño enfermo fiebre, infancia y lectura como elementos que sintetizan el inicio de una *imaginación patológica* que hace de los síntomas febriles una zona fecunda para la producción de ficción, desplegando, de esta manera, un territorio signifiante de la literatura millaseana donde es posible seguir haciendo lengua. La producción de un universo discursivo desde el cual la literatura de Millás podrá seguir escribiéndose. Tal es la hipótesis que aquí nos interesa trabajar.

## II: Lectura e infancia

Cuando Ricardo Piglia en *El último lector* se propone indagar en las figuraciones de la lectura en la literatura advierte lo siguiente: “No nos preguntamos tanto qué es leer, sino *quién* es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia)” (2005, p. 22). La pregunta no resulta menor porque permite identificar un relato recurrente: aquel que sitúa al niño como sujeto de lectura para observar allí una historia de iniciación. El *mito inaugural* que Alan Pauls define en el glosario *Trance* como la escena originaria donde un niño se transforma en lector (2018, p. 69). En otro de sus libros, este mito inaugural se arma en torno a una escena de veraneo en la que, producto de unas anginas, el niño debe quedarse en la casa vacacional a descansar. Las líneas de fiebre obligan al reposo del cuerpo y son la excusa para abrir las páginas de un libro y de un tiempo en el que se descubrirá la felicidad de la lectura. Esa escena febril narrada en *La vida descalzo* constituye la historia que revela cómo un niño se vuelve lector (Pauls, en Rodríguez Montiel, 2021, p. 221) y en ella es posible reconocer una zona de repetición.

Dentro de otro libro de la Colección Lectores de la editorial Ampersand, Jorge Monteleone publica *El centro de la tierra (lectura e infancia)*. Libro en el que recupera su experiencia con la lectura durante la niñez. La imagen que vincula infancia, enfermedad y lectura reaparece y señala la ocasión en la que el cuerpo adopta una disposición singular para habitar el universo de la ficción: “La enfermedad era mi coartada. Estar enfermo, librarme a la fiebre y a la adenoides llagadas y al cuerpo doblado de dolor y a las erupciones y al vómito, era la oportunidad para obtener algo más: compasión, cuidado, perdón y lectura” (2018, p. 41). Así, el niño enferma y lee. O mejor dicho, el niño enferma y obtiene con ello, junto al desajuste corporal, un tiempo-espacio para alojar ese cuerpo en la ficción. Una escena similar es narrada por Daniel Link en *La lectura: una vida...* al referir a su formación libresca. Link construye el relato de su comienzo lector con la imagen de un niño “enfermizo, pobre y raro” (2017, p. 16). Como si la lectura en la infancia quedara asociada a la enfermedad a partir de una extrañeza que desplaza el cuerpo del niño hacia un territorio otro. Como si la enfermedad fuera una ocasión para la suspensión del orden cotidiano y una disposición del cuerpo para entrar en contacto con el mundo ficcional:

La lectura —dice Monteleone— casi siempre estuvo acompañada por alguna clase de *compromiso corporal* [*cursiva agregada*], como si el organismo recibiera un shock, un virus, una convulsión, un aturdimiento, una cefalea, incluso una fiebre; entiendo que era el remoto efecto de las lecturas de infancia atravesadas por la enfermedad. (2018, p. 116).

La enfermedad ingresa en estos textos que se sitúan en un borde biográfico-ensayístico de la literatura argentina como aquello que irrumpe e inaugura un acontecimiento en el orden cotidiano del cuerpo infantil. Su mención en este trabajo se justifica en tanto escenifican de manera sintética y productiva una zona de interés, y posicionan nuestro escrito en el territorio desde el cual leemos. Cabe aclarar, sin embargo, que no se trata tanto de un vínculo directo con la literatura de Juan José Millás, sino que buscamos con ello visibilizar una figura recurrente —la del *niño enfermo y lector*— que en el abordaje de *El orden alfabético* no ha sido particularmente atendida<sup>1</sup>.

En este sentido, recuperando las palabras de Monteleone, la novela de Juan José Millás hace de ese *compromiso corporal* el proceso constructivo que motoriza y estructura la trama narrativa. El libro, compuesto de dos partes, narra en la primera de ellas un viaje ficcional al que asiste un niño durante el transcurso de unas semanas donde la fiebre obliga al reposo del cuerpo. En la segunda parte, presenciamos los efectos de dicha experiencia infantil en la vida adulta de Julio, mientras este asiste a su padre hospitalizado por una hemiplejía. La infancia en esta novela, tal como la trabaja Fumis, ocupa “una tercera posición que desestabiliza el binarismo” (2019, p. 214) ordenador del texto, dado que Julio permanece tomado por esa mirada extrañada, ese modo de sentir el mundo que adquirió en el delirio atravesado por la fiebre infantil.

La narración del universo que abren los síntomas febriles puede leerse como el inicio de un vínculo singular con los libros y la ficción del cual ni el niño ni el adulto podrán deshacerse. Puesto que la enfermedad invita a un viaje y, como sostiene Germán Prósperi, *El orden alfabético* puede leerse como metáfora de “un traslado al que es imposible resistirse por la fuerza que ejerce ese objeto que está allí, ocupándolo todo” (2013, p. 207). Ese objeto del que habla Prósperi refiere, no a los libros de cuentos que el padre deja reposar en la mesa de luz del niño enfermo, sino a la enciclopedia. Los tomos de una enciclopedia que el padre lee con devoción y en los cuales el niño encuentra otro orden del mundo que los síntomas febriles invitan a recorrer, provocando “el disparo de la imaginación durante la enfermedad” (p. 209). Así, la experiencia de la enfermedad en la infancia, lejos de priorizar los dolores del cuerpo, se presenta en su faceta gozosa:

-Tienes fiebre.

Celebré la llegada de la enfermedad con un encogimiento de dicha y al quedarme solo me puse de espaldas a la puerta del dominio, como si de ese modo diera también la espalda al colegio y a la realidad por la que se accedía a través suyo. Yo tenía en la cabeza miles de puertas que me llevaban a lugares en los que era tan feliz como mi padre dentro del inglés o de su enciclopedia. (Millás, 1998, p. 16).

La enfermedad en la infancia emerge como una ocasión que suspende el mundo cotidiano y “la posición infantil se expone así como el lugar de creación de una realidad que cuestiona lo vigente a través de la imaginación” (Fumis, 2019, p. 215). En sus trabajos, Daniela Fumis

distingue infancia y niñez entendiendo la primera como una posición discursiva menor<sup>2</sup> que opera de forma desarticuladora y provoca un efecto de extrañamiento sobre la lengua (p. 128), mientras que con la segunda nos referimos a esa dimensión que atañe la materialidad del cuerpo (Dolzani, 2020, p. 78). Estas distinciones, sin embargo, quedan solapadas en la primera parte de la novela con la figura del niño Julio, mientras que en la segunda la posición infantil aparece como marca que prevalece en el adulto. De manera que la infancia puede desprenderse de una concepción etaria y entenderse como un elemento cuya activación prosigue más allá de la niñez. En un sentido similar reflexiona Julio Premat cuando lee a Felisberto Hernández afirmando que en tales casos “estamos ante una percepción que actualiza la posibilidad infantil de fabular” (2016, p. 88).

En esta novela de Millás la posibilidad de fabulación propia de la infancia se activa con la enfermedad, o más precisamente, con la fiebre, condicionando el escenario de lectura. Es la fiebre en la niñez la que funciona como motor que impulsa la imaginación con la que se abrirá una realidad paralela. Es la imaginación generada por el delirio febril la que determina el acercamiento a la enciclopedia. Palabra que tanto Fumis (2019, p. 215) como Prósperi (2013, p. 209) coinciden en utilizar en algún momento de sus análisis. Palabra de la que también Premat hace uso al reflexionar sobre las especificidades de la infancia cuando las vincula con el discurso literario (2016, p. 73). La imaginación, entonces, movilizada por los síntomas de la enfermedad resulta un elemento necesario en los inicios de ese niño lector. Como si algo de la experiencia inefable cifrara allí el origen de una relación entre la infancia y el lenguaje (Agamben, 2011, p. 64)<sup>3</sup>. En tal sentido, la figura del niño enfermo, del niño sujeto a síntomas febriles, funciona como comienzo de un modo de imaginar que se traduce en la producción de universos ficcionales que acompañarán los procesos de lectura. O, dicho en otras palabras, esta novela de Millás la fiebre en la niñez opera como motor desencadenante de un tipo de imaginación singular que atañe a la construcción del universo libresco, porque será a partir de y con dicha imaginación que se recorrerán las lecturas de la enciclopedia y se abrirá, asimismo, el mundo ficticio que produce en la trama de la novela el desdoblamiento de la estructura narrativa. En síntesis, la fiebre infantil como fábula de origen del niño en la ficción.

### III: Imaginación

La imaginación a la que la fiebre da lugar no debe entenderse, sin embargo, únicamente en términos de capacidad creadora. Antes bien, es necesario pensarla como un tipo de imaginación literaria que involucra, sobre todo, un hacer con el lenguaje; es decir, una práctica retórica. Así lo expone Daniel Link en *Fantasma. Imaginación y sociedad*: “Hoy sabemos (volvemos a saber) que nociones como ‘imaginación e ‘imaginario’ remiten, al mismo tiempo, al universo de lo privado y de lo público, al campo de las prácticas sociales pero también al campo de las prácticas retóricas” (2009, p.40). En dicho libro, en un cruce que aúna sus lecturas de Sartre y Roland Barthes, Link traza una serie de reflexiones en torno a este concepto que, según afirma, no ha tenido la suficiente atención en lo que respecta a nuestro campo:

Son muchas las teorías de la percepción de la experiencia, de la representación o de la percepción referidas a la producción literaria del siglo pasado, pero permanece más o menos en el misterio (o en una deliberada confusión romántica) qué entender por *imaginación literaria*. (p. 39).

Partiendo de este punto que señala como vacío, Link recorre maneras de pensar la imaginación y lo imaginario como fuerzas que se ejercen desde la palabra y que, a lo largo de una época, conducen a la producción de ciertas imágenes y formas de pensamiento particulares.

Así, habla de una imaginación humanista, una imaginación de la catástrofe, una imaginación pop (pp. 65-66), por poner algunos ejemplos. Estos tipos de imaginación se componen de figuras que acompañan las construcciones fantasmagóricas del pensamiento. Porque la imaginación, de acuerdo con Link, se conforma de fantasmas (p. 65). Son esas las unidades afectivas con las que la imaginación se configura como pensamiento que excede la voluntad y los esfuerzos del sujeto: “no hay que pensar la imaginación como un ejercicio necesariamente solipsista: es una fuerza presubjetiva que nos arrastra. No soy yo el que imagino, sino que me dejo llevar por una forma de la imaginación de la que participo” (p. 77).

Al no circunscribir la imaginación solamente a la capacidad creadora es posible un distanciamiento de una percepción individual que concibe un tipo de sujeto capaz de desarrollar la habilidad de imaginar por sus propios medios y dentro de un dominio voluntario. Por el contrario, si se participa de ciertas formas de la imaginación hay un excedente fuera de control que opera en la construcción de las imágenes que asisten al sujeto que imagina. Y esto último nos resulta de suma importancia para pensar la literatura de Millás como participante de una imaginación literaria donde la enfermedad ocupa un lugar central. Un imaginario que se forma, según señala el propio autor a lo largo de su ensayo “Literatura y enfermedad”, no tanto por el recorrido de una tradición ordenada, sino por las lecturas de una biblioteca que se arma en torno a textos clásicos que vinculan estos dos elementos: *El Quijote* de Cervantes, *Madame Bovary* de Flaubert, *La montaña mágica* de Thomas Mann, *La muerte de Iván Ilich* de Tolstoi, *La metamorfosis* de Kafka, entre otros libros claves en su formación lectora (Millás, 2001). Esta imaginación literaria que hace de la enfermedad un elemento de reflexión estética puede funcionar como punto de partida para pensar las relaciones que se trazan en el imaginario millaseano y que conducen a un modo de entender la literatura<sup>4</sup>. Dicho de otra forma, hay dos dimensiones a partir de las que la imaginación debe pensarse en la literatura de este autor: un nivel narrativo, por un lado, donde la imaginación se define como procedimiento que impulsa un hacer ficcional y que aparece tematizado en el interior de la novelas; y por otro lado, en tanto fuerza que impulsa la configuración de un imaginario literario, es decir, la participación de la literatura de Millás en una forma de imaginación que la excede, pero que contribuye al mismo tiempo a la construcción de su universo narrativo.

Ahora bien, cuando Link se interroga por las posibilidades de análisis de un imaginario, propone para tal ejercicio la identificación de las *figuras* que lo componen y la descripción de la lógica que las relaciona (p. 65). Estas figuras, como las figuras barthesianas de *Fragmentos de un discurso amoroso*, pertenecen al orden de la palabra y delimitan unidades de la imaginación factibles de distinguir en tanto piezas discursivas. En palabras de Barthes, las figuras

se recortan según pueda reconocerse, en el discurso que fluye, algo que ha sido leído, escuchado, experimentado. La figura está circunscripta (como un signo) y es memorable (como una imagen o un cuento). Una figura se funda si al menos alguien puede decir: “¡Qué cierto! Reconozco esta escena del lenguaje. (2008, p.18).

¿Qué figuras conforman la imaginación literaria millaseana? ¿Cuál es la sobresale por su fuerza estructural en *El orden alfabético*? Leer en términos de figuras e imaginación nos permite circunscribir el universo ficcional de Millás en un tipo de imaginación particular, una *imaginación patológica* que funciona como motor de su máquina escrituraria, por un lado, y como ejercicio metarreflexivo que busca decir su modo de funcionamiento, por otro. O dicho de otra manera, pensar en términos de imaginación patológica nos interesa porque de ella pueden extraerse las figuras de la enfermedad que conforman el imaginario literario de Millás,

singularizan su lengua y configuran un *modus operandi* que hace funcionar su máquina narrativa. Y aquí el término patológico no resulta menor.

Las tesis vitalistas de Canguilhem en el clásico ensayo *Lo normal y lo patológico* conciben las manifestaciones patológicas de la enfermedad a partir de una doble valencia, un carácter negativo y positivo. La negatividad de la enfermedad radicaría en su forma de funcionar como alteración y restricción en el mundo conocido; cierta falta de tolerancia o dificultad del cuerpo enfermo para habitar el ambiente en el que su vida venía desenvolviéndose. Un aspecto que conduce, en muchos casos, a la imposibilidad de la vida<sup>5</sup>. Sin embargo, en el revés de esta faceta, se inscribe la positividad de la enfermedad. En esta radica el dinamismo que opera sobre la normatividad de la vida en función de las perturbaciones y las mutaciones que la enfermedad permite arribar. En palabras de Canguilhem: “Aquello anormal que la enfermedad hace aparecer es exactamente la novedad que introduce. En un cerebro sometido a efectos tóxicos, traumáticos, infecciosos, pueden aparecer modificaciones que consisten en nuevos enlaces entre territorios, en orientaciones dinámicas diferentes” (1971, p. 144). Lo patológico abre, en el pensamiento de Canguilhem, un espacio para aquello que con anterioridad a la enfermedad no tenía lugar. La creación para un nuevo tipo de vida que ya no se piensa derivada de lo anterior, de las normas conocidas previas a la afección —puesto que es sobre ellas que el carácter negativo de la enfermedad viene a operar—, sino como espacio de apertura hacia una nueva disposición vital cuyas normas habrán de crearse<sup>6</sup>.

Dicho esto, resulta productivo pensar las fuerzas de variación y apertura que desencadenan los movimientos patológicos en su variante afirmativa en articulación con una concepción de imaginación cuya potencia reside en la puesta en funcionamiento de un universo retórico compuesto por determinadas figuras. Abordar desde este cruce la literatura de Millás, y en particular *El orden alfabético*, posibilita visibilizar el horizonte con el que la enfermedad aparece como experiencia de desplazamiento y creación de universos ficcionales cuya materialidad se funda en la palabra. Universos que, movidos por la potencia de la imaginación patológica, permiten —como afirma el niño enfermo de la novela— celebrar con un encogimiento de dicha la llegada de la enfermedad.

#### IV: Figuras

De las figuras que componen la imaginación patológica millaseana la del niño enfermo adquiere en *El orden alfabético* un lugar estructurante porque, por un lado, habilita en la primera parte de la novela el desdoblamiento de la trama narrativa y la configuración de una realidad paralela que la enfermedad hace aparecer; y, por otro lado, porque permite la tematización de la imaginación como procedimiento. En la cama de los padres, sujeto a los síntomas febriles, el niño aprovecha la suba de temperatura corporal para abrir un universo ficcional a través de la imaginación como ejercicio negativo. Es decir, la negación del mundo conocido y la apertura hacia otra cosa (Link, 2009, p. 347). A su vez, en este segundo plano, las referencias patológicas y librescas siguen presentes dado que la realidad a la que accedemos a través de la fiebre infantil es una donde los libros y las palabras se comportan como organismos vivos. Un mundo donde los libros-cuerpos o libros-pájaros se transforman en desechos haciendo desaparecer, en ese mismo acto, el carácter referencial del lenguaje y su respectivo referente:

A medida que mi padre hablaba, el libro iba descomponiéndose frente a nuestros ojos, como un trozo de tiza en el agua. De repente, mi madre muy alterada señaló:  
—Mirad —gritó.

Nos asomamos y vimos escrita la palabra *mesa*. Ayudados por ese soporte externo fuimos capaces de deletrearla brevemente, saboreándola entre la lengua, el paladar y la conciencia como un bocado exótico. Pero aquel placer

gastronómico duró poco porque la palabra se descompuso en seguida, como el resto de la página, y al perder aquella referencia escrita volvimos a notar su ausencia en la encía de nuestro vocabulario. Los restos comenzaron a oler mal y hubo que arrojarlos a la basura. (Millás, 1998, pp. 67-68).

La desaparición de la palabra *mesa*, así como la de otras palabras y posteriormente la de determinadas letras, trastocan no solo el lenguaje que nombra la realidad, sino la realidad misma. Una realidad que se expresa en su des-composición material junto con el lenguaje y los límites de los cuerpos. O mejor dicho, una realidad que, originada por el compromiso corporal que requiere la fiebre, hace de la putrefacción una línea de variación donde se borran los límites y los cuerpos desbordan en tanto que materia viva. Es que cuando ya la palabra cuerpo no puede ser encontrada en los libros porque estos se han desintegrado, cuando al intentar recuperarla en el mercado negro de palabras (que funciona en el trasfondo de una carnicería) esta se quebranta y resulta inútil para designar lo que de ella se esperaba, cuando ya no puede deletrearse porque también la *r* ha desaparecido, la descomposición de las fronteras corporales emerge como escenario sobre el que el niño habrá de desenvolverse. No es que ya no haya cuerpos; es que de pronto todo lo es:

No fue fácil. La inestabilidad de la calle que unía su barrio con el descampado había aumentado mucho desde la última vez; daba la impresión de que tendía a cerrarse sobre sí como cuando cicatriza la encía después de la extracción de una muela. Advertí que en esa situación el *cuepo* se adaptaba mejor que el cuerpo a la realidad (a la *ealidad* para ser exactos). No es que yo estuviera hecho de humo, o de alguna clase de gelatina, pero sí de una materia inconstante con la que podía acoplarme a las características de aquellas calles móviles. El silencio era total y las ventanas habían desaparecido prácticamente tras las arrugas de las fachadas, lo mismo que el ombligo se esconde tras los pliegues del vientre.

El conjunto urbano evocaba los penetrales de una víscera hueca, no las entrañas de una calle vacía. Más que sobre un empedrado, tenía la impresión de moverme por un suelo de anillos cartilagosos, quizás por el interior de un tubo digestivo. Pensé que lo malo de que aquella situación se prolongara no sería ya que nos perdiéramos en las calles, sino que nos extraviáramos dentro de nuestro propio cuerpo. (P. 99).

Pero extraviarse en el cuerpo propio resulta imposible en tal caso, puesto que el cuerpo ha sido expropiado por ese universo que abre la enfermedad y son los límites de lo propio los que se han disuelto en una realidad que se presenta en su faceta carnal. Así, del otro lado de la fiebre, hay una concepción del cuerpo y sus fronteras que se ve trastocada, provocando una inversión en el proceso de individuación que, según describía Foucault en *El nacimiento de la clínica*, la mirada médica traza sobre la enfermedad<sup>7</sup>. En otras palabras, del lado infantil de la enfermedad no es el individuo lo que emerge con el evento patológico, sino otra posibilidad de relación: aquella que sitúa el cuerpo del niño junto a las moscas, las arañas, los recintos urbanos vueltos de repente vísceras, los libros y las palabras devenidos desechos orgánicos. Un flujo que se arma en torno al desecho donde se trastocan las jerarquías que se instalan a través de la lengua. En este sentido, la imaginación que moviliza la figura del niño enfermo opera desde un proceso inverso: antes que crear un nuevo mundo, lo que hace es deshacer el conocido junto con el lenguaje, impulsando una vuelta a la salud desde un lugar transformador:

Si sales a pasear por el pensamiento después de que la fiebre se retire, encuentras en él estrellas de mar, caracolas agujereadas y restos de embarcaciones: fragmentos de otras vidas, en fin, que sin ser la tuya sientes que te conciernen. (1998, p. 42).

Así, la imaginación movilizada por la fiebre abre un margen de variación en el orden del mundo y configura la antesala para el comienzo de una nueva forma de lectura. No es que antes no se haya leído; sabemos desde el comienzo que Julio es un niño escolarizado. El problema es justamente que el vínculo con los libros se encontraba marcado por dicha institución. De allí que al darle la espalda gracias a la enfermedad tenga lugar la posibilidad de comenzar a leer de otro modo. Porque si ya el lenguaje se ha desintegrado, si las palabras y los libros han devenido desechos, si la vuelta de ese universo febril trae consigo un nuevo cuerpo —un cuerpo con un rostro que recuerda al de “un poeta romántico cuya foto venía en los libros de literatura” (pp. 81-82)—, si el ordenamiento conocido se ha disuelto, resulta necesario el inicio de otra forma de lectura que dote nuevamente de un orden al mundo. Y es allí donde la enciclopedia se presenta como una invitación para el próximo viaje. Ya no al otro lado de la realidad, sino a las profundidades del orden alfabético.

Desde la primera página de la novela, la enciclopedia se presenta en su dimensión espacial, como “un país remoto” (p. 11) que el lector podrá descubrir y recorrer. Pero su entrada solo se habilita para Julio tras el extrañamiento que produce la salida de la fiebre. Como si la experiencia obtenida durante el evento patológico y su viaje imaginario dotara al niño de la extrañeza necesaria para impulsar el recorrido hacia el libro del padre:

Al salir de la cama, tuve la impresión de que utilizaba mi cuerpo por primera vez para desplazarme de un lugar a otro. Andar resultaba portentoso, aunque me movía con lentitud, pues sentía en todos los miembros una debilidad extrema. No había alcanzado aún la librería cuando vi sobre la mesilla de noche un tomo de la enciclopedia de mi padre. Era el mismo que tenía entre manos el día anterior, el de la *R* (la letra que acabábamos de perder del otro lado). (P. 83).

Esa enciclopedia que permanecerá en la mesa de luz junto a las ampollas inyectables, será el territorio que Julio se dedicará a explorar durante la convalecencia, en busca no solo de un mapa que le permita reconstruir su mundo, sino también de “una grieta por la que llegar al otro lado una vez que habían fallado los métodos convencionales” (p. 127). En este sentido, ante la disminución del delirio febril, la lectura se presenta como una de las pocas actividades capaz de facilitar el regreso a ese mundo imaginario que la enfermedad ha permitido conocer. Y será desde esa posición convaleciente que se comenzará nuevamente a leer. Con un cuerpo que, ungido aún en los resabios de la enfermedad, busca entregarse a una nueva experiencia de la imaginación. Una experiencia que permite recorrer, palabra a palabra, un ordenamiento del mundo hasta entonces desconocido y buscar allí una hendidura para volver a ese territorio que se ha abandonado en medio de su descomposición.

Sin embargo, lo que Julio descubre en la lectura de la enciclopedia es que en este nuevo mapa tanto el lenguaje como los cuerpos se encuentran desarticulados. No solo porque “en lugar de poner la *lengua* dentro de la boca, entre la mandíbula y mandíbula, la colocaba entre la *lencería* y el *lenguado*” (p. 124), sino porque los mayores detenimientos se darán en la sección de *abortos* y en la de *caníbales*<sup>8</sup>; es decir, en aquellos apartados donde los desmembramientos y el desarme corporal obtienen mayor protagonismo. En suma, la experiencia de Julio en la enciclopedia antes

que devolverle un plano de organización conocido, lo enfrenta con un reordenamiento del mundo que no agrupa las palabras según las reglas de la gramática y, por lo tanto, no provee las herramientas necesarias para reconstruir su universo desecho. Lo que sí otorga, afortunadamente, es el efecto de una recaída y con ello la activación de los síntomas febriles cuyo resultado devuelve el cuerpo a una escena de extrañamiento:

Salí de la enciclopedia y, al enfrentarme a los objetos familiares del salón con la extrañeza del que regresa del viaje, comprendí que, quizá presionado por la hora del entierro o por la necesidad de recorrer entero un mapa de la realidad había ido demasiado deprisa en un orden que, como el alfabético, resulta agotador. El esfuerzo, convaleciente como estaba, me había dejado exhausto. Al levantarme del sillón para cambiar de tomo, pasé por delante del espejo y, durante una fracción de segundo no me reconocí. Tenía los ojos hundidos y una orla violácea a su alrededor. (Pp. 135-136).

La lectura, de este modo, reedita las condiciones de la enfermedad. Las páginas se abren como las puertas imaginarias y la imaginación patológica se activa y condiciona el modo en que el niño podrá tramar su recorrido. Sin embargo, tal formación lectora no hubiera sido posible sin la presencia de la enfermedad. Sin el compromiso corporal provocado por el síntoma febril. Es la fiebre de la infancia la que deja un resto que seguirá operando en el vínculo que de allí en adelante se trame con el mundo libresco, configurando la antesala para otro tipo de inicio del niño lector. Un comienzo, no ya definido por las primeras lecturas, sino por un nuevo modo de leer que obliga al cuerpo a entregarse por completo, a zambullirse en la enciclopedia “para conocer a fondo el orden alfabético del mundo” (p. 127).

#### **IV: Convalecencia**

Por lo dicho hasta el momento es posible reconocer cómo *El orden alfabético* tematiza la forma de operar de la imaginación a través de la figura del niño enfermo. Una figura donde se articulan infancia y enfermedad como condición necesaria para trazar un inicio otro en la lectura y construir un mito inaugural: un nuevo comienzo lector marcado por el compromiso corporal que los síntomas febriles hacen arribar. Es la fiebre de la infancia la que, en este sentido, permite activar una forma específica de imaginación que hace de lo patológico el elemento que motoriza la construcción de mundos ficcionales. Es la fiebre de la infancia la que posibilita tomar los libros de otro modo y disponer el cuerpo para una forma de leer de la que Julio ya no podrá deshacerse. Porque los síntomas febriles activarán la posición infantil y porque la lectura y la escritura traerán los síntomas febriles, configurando así un movimiento que se proyecta como un bucle *ad infinitum* y cuyas variantes seguiremos encontrando a lo largo de los textos millaseanos.

De esta manera, si en *Cerberos son las sombras* es posible reconocer los principios de la escritura enlazada a una escena en la que el niño escribe sobre el cuerpo supurante y febril del padre, en *El orden alfabético* reconocemos el otro lado del binomio: el comienzo de la lectura. Si en la primera novela de Millás el niño escribe sobre el cuerpo enfermo, en esta otra se requiere de la enfermedad en la niñez para leer. En ambas novelas infancia y enfermedad se aúnan en la disposición del cuerpo febril, dando inicio a la antesala de lo que será un vínculo con el leguaje y la ficción que atravesará la imaginación literaria millaseana. Una imaginación que, al igual que la que se despliega con la enfermedad, será también patológica. Porque será la fiebre la que retorna como posibilidad de seguir abriendo paso a la imaginación, y con ello, a la escritura. Y porque esa escritura, a su vez, hará de la fiebre y la enfermedad la materia de su narración.

## Referencias bibliográficas

- Agamben G. (2011). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Barthes, R. (2008). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bongers, W. (2006). Literatura, cultura, enfermedad. Una introducción. En *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Bouzaglo, N. y Guerrero F. (2009). Fiebres del texto – ficciones del cuerpo. En *Excesos del cuerpo: ficciones de contagio y enfermedad en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Dolzani, S. (2020). “Niños, monstruos, zombis, escrituras: posibilidades de vida en *El mundo y Mi verdadera historia* de Juan José Millás”. *Boletín GEC*, (26), 73-97. Recuperado de <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/boletingec/article/view/4197>
- Foucault, M. (2014). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Fumis, D. (2019). *Ficciones de familia e infancia en tres narradores españoles contemporáneos: Juan José Millás, Eduardo Mendicutti y Manuel Rivas* (Tesis doctoral). Universidad Nacional del Litoral. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/86876?show=full>
- Hörisch, J. (2006). Las épocas y sus enfermedades. El saber patognóstico de la literatura. En *Literatura, cultura, enfermedad* (pp. 47-72). Buenos Aires: Paidós.
- Landero, L. (2010). Tumbados y resucitados. En *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*. Madrid: Taurus/Fundación de Ciencias de la Salud.
- Link, D. (2009). *Fantasmas. Imaginación y sociedad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Link, D. (2017). *La lectura: una vida...* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand.
- Millás, J. (1975). *Cerberos son las sombras*. Madrid: Alfaguara.
- Millás, J. (1998). *El orden alfabético*. Madrid: Alfaguara.
- Millás, J. (2001). Literatura y enfermedad. En *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*. Madrid: Taurus/Fundación de Ciencias de la Salud.
- Millás, J. (2013). Juan José Millás: «Pertenezco a una generación cuyo modelo de escritor trabajaba por las mañanas en la oficina y por las tardes escribía». *Quimera. Revista de literatura*. Recuperado de <https://www.revistaquimera.com/entrevista-a-juan-jose-millas-por-gines-cutillas-en-quimera-354-mayo-de-2013/>
- Millás, J. (2019). *La vida a ratos*. Madrid: De Bolsillo.
- Monteleone, J. (2018). *El centro de la tierra: lectura e infancia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand.
- Pauls, A. (2005). *La vida descalzo*. Barcelona: Anagrama.
- Pauls, A. (2018). *Trance*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand.
- Premat, J. (2016). *Érase una vez. Relatos de comienzo*. Sáenz Peña: Universidad Tres de Febrero.
- Proserpi, G. (2013). *Juan José Millás. Escenas de metaficción*. Binges, Santa Fe: Orbis Tertius, Ediciones UNL.
- Rodríguez Montiel, E. (2021). Entre el alumno ejemplar y el *enfant terrible*: El niño Pauls y su ficción del origen como lector. En *Los contratiempos del dandi. El anacronismo como forma del dandismo contemporáneo en la narrativa de Alan Pauls* (Tesis doctoral, pp. 220 -233). Recuperado de <https://rehip.unr.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/2133/23868/RODRIGUEZ%20MONTIEL%20Tesis%20doctoral.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
- Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Madrid: Taurus.
- Woolf, V. (2014). *De la enfermedad*. Barcelona, Centellos.

Utrera Torremocha, M. (2015). *Poéticas de la enfermedad en la literatura moderna*. Madrid, Clásicos Dykinson.

## Notas

---

<sup>1</sup> Estudiar el lugar de los niños enfermos en la literatura española contemporánea —en particular en la literatura del período transicional— excede las posibilidades de este trabajo, pero señala una zona de vacancia e interés.

<sup>2</sup> Dicha concepción de lo infantil vinculado a lo menor se asienta en las tesis de Gilles Deleuze (1990) en las que se sostiene que la definición de “lo menor” estaría dada no tanto por la constitución de una lengua menor, sino por el uso que una minoría puede hacer de una lengua mayor (Deleuze en Fumis, 2019, p. 128).

<sup>3</sup> En *Infancia e historia*, Agamben se interroga por la posibilidad de leer en la infancia el lugar de una experiencia inefable, que sin embargo necesita del lenguaje para recuperarse. Así, sorteando las dificultades que supone pensar al *infans* como un sujeto expropiado de la experiencia lingüística, “infancia y lenguaje parecen remitirse mutuamente en un círculo donde la infancia es el origen del lenguaje y el lenguaje, origen de la infancia” (2011, p. 64). A la luz de esta reflexión es posible pensar cómo, en esta novela de Millás, la imaginación y la lectura se demarcan por esa escena originaria donde se sitúa al niño en una experiencia febril de la infancia que demarcará, de allí en adelante, la lengua con la cual se interpretará el mundo y se producirá literatura. Es en este punto donde el análisis de *El orden alfabético* puede proyectarse hacia el porvenir de una obra.

<sup>4</sup> Hemos sistematizado cómo la enfermedad ha sido una fuente de reflexión estética en la literatura, sobre todo del siglo XX, en el trabajo “Los valores de la enfermedad. Hacia la creación de un dispositivo de lectura para pensar la narrativa de Juan José Millás” presentado en el *IX Coloquio de avances en investigaciones del CEDINTEL*, cuya publicación se encuentra en curso. Allí seguimos los trabajos de Sontag (2003), Woolf, (2014), Hörisch (2006), Iglesias (2007), Landero (2010), Utrera Torremocha (2015) y Molloy (2012), quienes han estudiado el lugar que cierta literatura otorga a los acontecimientos de un cuerpo que asiste a un proceso de transformación, degradación y decadencia provocado por la enfermedad, a través del que obtienen un conocimiento que los diferencia del resto. Es en esa diferencia que marca el cuerpo enfermo donde se inscribe la puesta en tensión de un orden social dominante y la enfermedad aparece como aquello que instala una mirada extrañada sobre el cuerpo y sobre el mundo. Un proceso de extrañamiento que transforma el sujeto y su relación con lo que lo rodea. Un aspecto que en el caso de las novelas de Millás funciona como elemento clave.

<sup>5</sup> Aquí resulta necesario realizar una aclaración: nuestro trabajo no pretende disminuir la relevancia con que la enfermedad puede configurar un terreno doloroso e incluso un camino hacia la muerte. Es decir, no quisiéramos que se interprete la negación de tal dimensión. Pero en la literatura de Millás, la discursivización de la enfermedad adquiere otro énfasis porque se vincula, justamente, con la experiencia de la ficción; con un desajuste que permite habitar el mundo desde un extrañamiento y porque dicha experiencia se erige en su faceta gozosa. Incluso cuando el dolor y la muerte aparecen tematizados, esto se ve desplazado por la posibilidad de transformarlo en escritura, funcionando esta última como una especie de bálsamo.

<sup>6</sup> Un desarrollo más exhaustivo de las tesis vitalistas de Canguilhem, y su relación con la noción de *vida patológica* acuñado por Foucault en *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, fue expuesto en el trabajo “Vida patológica y las fuerzas de la variación”, presentado en el workshop “Poéticas de lo viviente. El problema de la animalidad en la literatura latinoamericana moderna y contemporánea, y sus derivas estéticas, éticas y políticas”. Rosario, IECH, noviembre de 2022.

<sup>7</sup> En *El nacimiento de la clínica*, Foucault parte de la pregunta por las condiciones que posibilitaron hacer de la medicina moderna el locus de enunciación de un discurso racional sobre el cuerpo y la enfermedad. En particular, cómo el cuerpo humano enfermo se convierte en espacio de un saber y de un decir que adquiere estatuto científico. Foucault sitúa estos interrogantes en un período que va de finales del siglo XVIII a principios del XIX para ubicar allí una transformación clave para la disciplina médica: una nueva alianza entre ver y decir que trae aparejado el nacimiento de la experiencia clínica. Se trata de la construcción de una nueva mirada sobre el cuerpo enfermo que posibilita una reconfiguración de las conceptualizaciones en torno a la enfermedad, el individuo y el espacio hospitalario. En este sentido, *El nacimiento de la clínica* parte dos tesis claves: por un lado, la condición soberana y verídica que obtiene la mirada médica, capaz de constituir una verdad sobre la enfermedad y sobre el cuerpo, en la medida en que al enunciar el evento patológico lo hace visible; y, por otro, la fundación del individuo en tanto objeto de estudio científico a partir de la conformación de esa mirada. Es en este pasaje hacia la medicina moderna que el cuerpo se instala como terreno abierto a una mirada que a la vez lo define y delimita en tanto espacio individual para el acontecer de la enfermedad.

<sup>8</sup> Las letras en negrita se encuentran en el texto literario.